

ir acompañado de elementos accidentales, es cierto, pero que le transforman y le pulen. ¿Quién niega que el diamante tiene gran valor? pero ¿quién niega también, que el diamante en bruto adorna muy poco, casi nada? no obstante, el valor absoluto está en el diamante; solo falta pulirlo para que brille; y la pulimentación, puramente accidental, basta para que el diamante se muestre en toda su esplendidez.

Otra comparación más exacta me acude. Figuraos un campo inculto en el cual la tierra sea virgen y posea todos los elementos necesarios para la más rica vegetación. Por buena que sea la tierra de que esté formado aquel campo inculto, no producirá más que yerba y maleza, gran cantidad de troncos y hojarasca, que servirán muy poco á la industria y al comercio. Charcos vastísimos llenarán el campo, los abrojos se enredarán por todas partes, y hasta miasmas fétidos, miasmas que dan la muerte, se exhalarán de aquel terreno que debiera haber manado riqueza y puras exhalaciones de vida.

Pero si la mano del hombre cultiva aquel campo, si el trabajo lo transforma, vereis que la maleza desaparece, que los charcos se secan, que las vías quedan expeditas, regulares y bellas, que los árboles dan fruto sazonado, que la vegetación da invertido en riqueza el trabajo que en el campo se ha empleado. Entonces las buenas cosechas no se hacen esperar, aumentan de año en año, y la excelente tierra auxiliada por el trabajo puede desarrollar todos sus elementos y mostrar todo su valor.

Pues bien; comparad la inspiración al campo inculto, y comprendereis enseguida cuan poco sirve ella sola y qué poco aprecio merece. No, la inspiración, por sí sola, no basta para llegar á ser genio digno de los aplausos de la posteridad. Es preciso que el hombre cultive su campo inculto, su inspiración, con el estudio, el buen gusto, la experiencia y la constante tendencia hácia el descubrimiento de la verdad. La sola inspiración sirve para muy poco, y al que la posee ni siquiera le hace sobresalir de la vulgaridad. Por esto se pierden tantas inteligencias ignoradas; por esto otras que bien cultivadas hubieran podido brillar, no brillan, porque la vanidad, el orgullo ó la adulación les impiden que se dediquen al estudio, que se pulan, que se desarrollen y se muestren con todas sus galas naturales, que, no desarrolladas, permanecen oscurecidas.

Un magnífico piano es un mueble excelente; en él Litz ó Chopin producirían sorprendentes resultados; causarían entusiasmo y admiración; pero si faltan Litz ó Chopin ó cualquier buen pianista ¿para qué sirve el magnífico piano? para nada ó para casi nada. Sirve solamente para que

á su aspecto exclamen las personas que lo vean: «¡Qué magnífico mueble!»; pero esas mismas personas ni siquiera saben que el piano tiene valor, considerado como instrumento musical. Hombre que tienes inspiración, tú posees ese gran piano, pero si no cultivas aquel, te quedarás sin pianista, y por lo tanto, sin que tus semejantes puedan apreciar el valor de tu instrumento moral é intelectual. Busca pues á un Litz, á un Chopin para que hagan célebre tu piano; es decir: dedícate con abinco al estudio—pues el estudio es tu Litz y tu Chopin—y el estudio pulirá tu inspiración, le dará realce y le hará célebre. Si posees la inspiración, posees lo principal, es cierto, pero te falta un accesorio indispensable para que lo principal salga á luz.

NOMEN.

LA CUNA VACÍA

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro
y cercando la cuna dijeron:
«Vete con nosotros.»

Vió el niño á los ángeles
de su cuna en torno,
y agitando los brazos les dijo:
«Me voy con vosotros.»

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en los brazos
y se fueron todos.

De la aurora trémula
la luz fugitiva,
alumbró á la mañana siguiente
la cuna vacía.

JOSÉ SELGAS.

NOTAS É IMPRESIONES

Cuando la tiranía oprime á un pueblo, la ignorancia no tarda en envilecerle. Pasan años y siglos sin que ese pueblo levante un grito de libertad é intente reconquistar sus derechos. Si sale algunas veces de su apatía es para entregarse á todos los excesos de la venganza, que casi quedarían justificados por lo que sufrió, si los crímenes admitiesen justificación.

Críticar no es adular ni ensañarse; húyase de estos dos extremos, júzgase con ciencia, con detención, sin prevención, señalando las partes os-